

Reseñas

Varios autores, *Los mexicanos de los noventa*, IISUNAM, México, 1996, 207 pp.

LOS MEXICANOS DE LOS NOVENTA es una obra rigurosamente científica que disfruté como si se tratase de una novela policial, por cuanto contiene los elementos de trama, rigor, imaginación, análisis, técnica, etc., que absorben al lector y lo conducen por senderos donde, junto a lo cotidiano, abundan las sorpresas e incrementan el interés por su contenido.

Por ligero que parezca lo anterior, sirve para expresar cómo, a mi juicio, un investigador social tiene, en la realidad de su desempeño, las características de un detective. La inteligencia y habilidad con que desarrolla su labor le permiten posteriormente, una vez separado el grano de la paja, ofrecer hipótesis y verdades de indudable consistencia que perfilan el resultado de su trabajo.

Y cuando ese trabajo consiste en descubrir qué somos y cómo pensamos y nos conducimos los mexicanos en la presente década, el descubrimiento en sí mismo, al margen de sus matices, produce una sensación de equilibrada seguridad frente a la incertidumbre originada en un cambio social cuyos alcances no son cotidianamente verificables para la gran mayoría de la población nacional. Hacía, pues, mucha falta una obra que nos permitiese distinguir, aquí y ahora, las formas de ser y hacer de nosotros mismos independientemente de si las tesis, datos y patrones de conducta indicados en obras anteriores conservan su vigencia. El avance que se logra con sólo dar a conocer *Los mexicanos de los noventa* es ya de por sí meritorio, en especial si tomamos en cuenta que, para un cierto número de compatriotas, la última palabra en torno a la realidad de México la pronunciaron Samuel Ramos, Octavio Paz o Santiago Ramírez, hace ya buen número de años.

Porque, en efecto, sin perjuicio de aceptar la realidad del cambio experimentado en nuestro país, esa transformación se manifestó sin alterar nuestro ser. En lo interno seguimos siendo iguales, exteriormente somos ya diferentes. Así es, nos dice el libro.

¿Es cierto eso? Yo no estoy calificado para dar una respuesta integral a lo que, para mí, es una pregunta básica. Pero lo que sí es innegable es que los datos y resultados de la investigación que el libro trata constituyen —para mí, insisto— un asidero razonable de certeza que me permite reactivar la inquietud necesaria en orden a seguir buscando nuevas respuestas, en especial cuando las hasta ahora conseguidas ratifican hipótesis e incluso intuiciones de tiempo atrás.

En otras palabras, yo no le tengo miedo a la verdad, aun cuando ésta pueda ser cuestionable o, incluso, exorcizada. Miro con respeto el fruto del esfuerzo de los demás y, agradecido, busco aprovechar la parte que me toca del patrimonio cul-

tural que se distribuye. Afortunadamente, en esto no estoy solo. De hecho, me siento inclinado a sostener que formo parte de la mayoría.

Desde tal perspectiva, me adapto ahora a los hallazgos que la obra comentada consigna. Los mexicanos de los noventa, sin dejar de ser los mismos, hemos cambiado. Acepto eso y me hago al propósito de adaptar usos y formas nuevos de relación a esa realidad que cambió sin pedirme permiso.

Hay, pues, un cambio que el libro describe en múltiples aspectos. Cabe preguntar, en consecuencia, si tal cambio constituye una mejoría o si, por el contrario, hemos ido de lo bueno a lo malo o de lo malo a lo peor.

De ser un país rural, hemos pasado a ser un país urbano mediante un proceso de transformación en el que la idea, los métodos y los procedimientos de la llamada *modernización* nos envolvieron en un torbellino de hechos, conductas y valoraciones de cuya manifestación todavía nos quedan huellas. Sin embargo, ya hay resultados, aceptémoslos o no: el pluralismo surge impetuoso sin que la tentación totalitaria se haya disipado; la democracia es bandera de todos los partidos, aunque en algunos —sobre todo en uno— no se viva; entramos a una economía de mercado en forma abrupta; por supuesto, muchas voces exigen la intervención del Estado; el rechazo al autoritarismo se expresa a veces negando validez a la autoridad, incluso la autoridad moral.

De ahí que, en la parte introductora del libro, la indicación quede clara: “es importante, por lo tanto, preguntarse cuáles son actualmente los valores predominantes en la sociedad mexicana —dice la obra— y si podrían calificarse de modernos. Es importante, también, plantearse si existen en las estructuras valorativas evidencias de un cambio y qué relación guardaría con la acción gubernamental”.

Otra conclusión interesante de la encuesta es la ratificación de la familia como institución portadora de valores tradicionales, los cuales, no obstante su arraigo en el pasado, se adaptan a las circunstancias de hoy en innovadora actitud, con una creciente incorporación de las mujeres al mundo del trabajo y una confianza ratificada en el propio esfuerzo, en orden al cambio de situación. Todo ello —y más— en la compleja realidad de un país que asimila nuevas pautas de comportamiento sin romper la tradición.

LO NUEVO

Bajo tres hipótesis generales —1^a) existe un complejo proceso de cambio; 2^a) se observa un desplazamiento en las formas de integración social, y 3^a) algunas decisiones en la reforma del Estado responden a los cambios operados en la sociedad—, el programa de investigación llamado “Nuevas formas de sociedad, nuevas sensibilidades”, se diseñó en tres etapas: 1) una encuesta nacional; 2) entrevistas, análisis etnográficos y encuestas a poblaciones específicas, y 3) análisis de discursos dirigidos por actores sociales a públicos definidos. Por su parte, la realización de la encuesta cubrió, según abundante explicación contenida en el libro, los requisitos esenciales para validar sus resultados. Hay, pues, elementos suficientes

para considerar esta labor de investigación y sus logros como obligada referencia en la actualización de enfoques y criterios sociológicos en nuestro país. Dicho de otra forma, el contenido de este libro constituye lo más actualizado en la dinámica social de nuestro tiempo.

En materia política, la encuesta nacional de referencia hace mención en el resumen de sus conclusiones de “una nueva cultura política democrática, cuya síntesis se manifiesta en la alta valoración otorgada por la ciudadanía al voto”.

Militante de un partido cuya pertenencia fue, en tiempos pasados, calificada de idólatra en relación con el voto público, la conclusión anterior no deja de parecerme gratificante. Si, como pienso, el voto tiene valor, la esperanza en un México democrático se reafirma. En consecuencia, tiene sentido hoy por hoy insistir en el respeto al voto público sobre todo si experiencias como la reciente de Huejotzingo revelan que todavía en ciertos ámbitos del poder anidan nostalgias de perversión política.

Hemos de aceptar también, como impostergables desafíos a nuestra capacidad de cambio para mejorar, tres conclusiones de indudable importancia: 1) la educación es la aspiración más generalizada y también la expectativa menos cumplida; 2) la Revolución mexicana permanece como promesa incumplida, y 3) ni los políticos ni los medios de comunicación gozan de confianza. De igual forma, por cuanto la democracia se valora en relación con los fines de justicia y libertad, obligado resulta para el poder público dar en forma cotidiana reiterados ejemplos de congruencia, más allá o en lugar del discurso. Ello es particularmente necesario si, como los resultados de la encuesta revelan, la comunidad mexicana considera, en proporción de tres a uno, que la oposición sabría cómo gobernar.

UNA PONDERACIÓN

Hay de mi parte un alegato de ponderación —no necesariamente de cuestionamiento— respecto de ciertas conclusiones de la encuesta relacionadas con el presidente de la república, según las cuales éste aparece como una persona muy influyente en política y recaba para sí el consenso mayoritario en el sentido de gobernar bien. Dado que la encuesta fue realizada en junio de 1994, por presidente de la república hemos de entender Carlos Salinas de Gortari.

Obvio resulta, por otra parte, que la encuesta se realizó antes de tres señalados acontecimientos en el país: 1) las elecciones federales, 2) la devaluación, con su cauda de males, entre ellos el aumento al IVA, y 3) el práctico destierro de Salinas, una vez que su hermano quedó alojado en el penal de Almoloya.

Así, es pertinente preguntar si el transcurrir del tiempo daría lugar, o no, a respuestas muy diferentes en caso de que la encuesta se hubiera realizado siete meses después.

Ciertamente podría argüirse que, más allá de los hechos y las personas, la imagen presidencial conserva legitimidad y prestigio; pero entonces es obligado señalar, para no salirnos de la comparación histórica, que al término del régimen de

Miguel de la Madrid la crisis política quedó caracterizada por “la pérdida del papel central de la figura presidencial y por una enorme desconfianza en el sistema”.

En rango similar cabría ponderar el dato relativo a la conclusión de que el 51% de los mexicanos piensa que el país está mejor o igual que hace un año, obviamente contado de junio del 94 para atrás.

En consecuencia, es lícito preguntar si las conclusiones basadas en premisas cuya vigencia desvirtúa el simple transcurrir del tiempo, conservan la validez original y son aceptables en un escenario político diferente.

Lo anterior, reitero, sin mengua de la certeza que la respuesta puede tener —y de hecho tiene— referida a la realidad de entonces (junio de 1994).

Por lo demás, es pertinente recordar cómo en la introducción de la obra se delimitan los significados: “Una opinión es una tentativa en la que el sujeto se reserva el derecho a retractarse. En cambio, una actitud es una respuesta constante frente a un objeto”.

También resulta oportuno señalar el alcance de la encuesta en relación con las experiencias y símbolos compartidos por los entrevistados. La llamada “encuesta profunda” sirvió para “definir y precisar temas, además de afinar algunas de las preguntas”, con el registro de “las palabras que están disponibles en las mentes de los mexicanos para hablar de determinados temas”, según se expresa en la introducción de la obra.

Volviendo a la esfera económica, la conclusión de la encuesta en el sentido de que “la gente está consciente de que no es posible sustraerse a los procesos de globalización que caracterizan al mundo contemporáneo” merece atención en virtud de que el 49% de los entrevistados estuvo de acuerdo en la firma del Tratado de Libre Comercio, sin óbice de que un 48% se manifestara por la intervención estatal en la economía. Estas dos posiciones no revelan una contradicción, sino un rechazo al liberalismo económico que se explica con mayor razón si recordamos cómo, con gran frecuencia, las divergencias de los sistemas o modelos económicos se presentan, políticamente hablando, en términos de disyuntiva total: todo o nada. Al margen de tan catastrófico dilema, cabe señalar que ante el liberalismo y el intervencionismo a ultranza, hay opciones de probada validez. La economía social de mercado, por ejemplo.

Si la población nacional quiere un cambio y éste se considera urgente, no lo desea aquélla precisamente en términos de radicalismo extremo. Frente a quienes se inclinan porque nada cambie o, en su caso, por quienes consideran que sí debe darse el cambio y en forma muy rápida (“revolución” era antaño la palabra clave), una gran mayoría —83%— opta por el cambio gradual. Aquí, de nuevo podría surgir una interminable discusión si previamente no se explican el alcance y la significación de los términos utilizados. Personalmente me inclino a entender como revolucionario un cambio de gran profundidad, independientemente de su rapidez. Por otra parte, no creo que haya mucho de revolucionario en jalar hacia arriba —hasta desprenderla incluso— un planta cuyo crecimiento haga mucha falta. No me sorprende, pues, que los mexicanos estimemos con acierto que “tradicción y modernidad no representan polos opuestos o incompatibles”.

Por razones de espacio dejo sin comentar otros interesantes aspectos de la encuesta, todos los cuales ameritan de por sí señalamientos de hondura y repercusión. Temas como los relacionados con las reformas de los artículos 3º, 24, 27, 130 y otros de nuestra Constitución; respaldadas tales reformas por la mayoría de la comunidad nacional, dan pie a puntos de vista de la más variada índole. La privatización de Teléfonos de México, apoyada al principio en vista del deficiente servicio que la empresa en manos del Estado brindaba, y mermando luego el apoyo porque la calidad del servicio seguía igual —en junio de 94— en manos privadas, ofrece tema para largo rato. Y así por el estilo.

Necesario es, pues, concluir este comentario a una obra cuyos méritos no requieren ponderación: hablan por sí mismos, como lo pueden constatar cuantos verifiquen su contenido objetivamente, lejos de lo que el libro cita como la “inocencia ideológica de las mayorías”, otro tema de mucho jugo.

Abrigo la esperanza de que este libro capital, útil a todo aquel que aspire a estar bien informado, difunda el beneficio de su contenido a lo largo y ancho del país, no sólo para deleite de especialistas, sino para poner al alcance de toda la comunidad nacional cifras, acotaciones, argumentos, informes y ponderaciones que le brinden inapreciable servicio de actualización en la importante tarea de saber qué somos, cómo pensamos y en qué forma procedemos, en el umbral del siglo XXI, los mexicanos de los noventa.

Juan Antonio García Villa